

**Mario Rapoport y Claudio Spiguel.** *Estados Unidos y el Peronismo. La política norteamericana en la Argentina: 1949-1955.* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, Colección Estudios Internacionales, 1994, 314 páginas.

“El hilo conductor de esta obra está constituido por el estudio de las negociaciones políticas y económicas entabladas por los Estados Unidos con el gobierno peronista.” (p. 10) De esta manera los autores sintetizan el tema de este sustancioso aporte a la historia de las relaciones internacionales americanas. Aporte que adquiere su especial significación si se tiene en cuenta que esa etapa del pasado ha sido frecuentemente objeto de interpretaciones basadas en esquemas simplistas. Si en una determinada época estuvo de moda considerar al gobierno norteamericano el responsable único y semióculto de todo lo negativo que sucedía en Latinoamérica, posteriormente se difundió la tesis contraria, según la cual la Argentina habría vivido ejercitando en el hemisferio una casi permanente provocación, siendo particularmente el peronismo culpable de que de esta manera quedasen frustrados los auténticos intereses del país. Aun sin caer en tales extremos, también suele encontrarse en la bibliografía una tajante división entre un Perón supuestamente “nacionalista autárquico” hasta 1949, y otro muy distinto, “realista” y conciliador hacia los Estados Unidos después de ese año, haciéndose difícil sobre esa base entender por qué la mayoría de los testigos de aquella época seguía percibiendo tantas continuidades en el peronismo.

Estas y otras tesis conexas son sometidas por Rapoport y Spiguel a un análisis riguroso en lo documental, claro en lo conceptual y medido en el estilo. Especialmente la conocida trayectoria del primero, autor de varias obras notables sobre política exterior e historia económica argentina, constituye una base sólida para una tarea de tales características. El libro consta de una introducción, siete capítulos, dos apéndices y las referencias documentales y bibliográficas. El primer capítulo (“La política norteamericana en el mundo”) proporciona el marco histórico más amplio, dentro del cual se inscriben las relaciones bilaterales que constituyen el eje de la obra. Antes de referirme a algunos de los aspectos cruciales de esas relaciones, tal como son interpretados por los autores, creo conveniente señalar el gran acierto que implica la inclusión de los apéndices. En las polémicas usuales en la historiografía política es recurrente la acusación (bastante fundada en no pocos casos) de que tal o cual exposición constituye un discurso cerrado y sesgado, basado en breves y arbitrarias citas, además de omisiones intencionadas. Nadá de eso podrá decirse del libro que nos ocupa, ya que después del cuerpo central del mismo, Rapoport y Spiguel nos abren una segunda vía de acceso al tema, a través de un rico material estadístico y documental, base sobre la que el lector puede reconsiderar críticamente lo que ha leído en las

páginas precedentes. Los 25 cuadros y gráficos del apéndice estadístico despliegan la problemática comercial y financiera de las relaciones entre Argentina y Estados Unidos durante los años 40 y 50 con la objetividad de las cifras. Y en algunos casos se incluyen lapsos más extensos, lo cual permite ver los datos en una perspectiva propiamente histórica (ver cuadros 16 y 23). Luego se presentan siete documentos norteamericanos y británicos, la mayoría de los cuales se publican por primera vez, permitiendo constatar una vez más que jamás puede haber un análisis "puro" de los intereses, ya que éstos siempre se perciben según perspectivas influidas por supuestos ideológicos (ver pp. 261-305).

Una de las afirmaciones básicas del libro se refiere al hecho de que la Argentina de aquellos años no era simplemente un país entre otros de la región. Resultaba de considerable interés para la política exterior norteamericana, tanto por su "ubicación estratégica en el Atlántico Sur", como por su "gravitación [...] en el escenario hemisférico, donde Washington procuraba afianzar un sistema bajo su hegemonía", factores a los que debe agregarse "la envergadura del mercado argentino, por entonces el más importante de América Latina" (p. 223). Partiendo de esta realidad, se pueden seguir los altibajos de la relación bilateral. El peronismo surgió entre 1944 y 1946 como un producto de fuerzas históricas de la vida argentina, pero en esa coyuntura, el gobierno norteamericano "aplicó predominantemente, sobre la base de sus prioridades globales, una política de enfrentamiento con el nacionalismo emergente a través de sanciones económicas y diplomáticas" (p. 222). Sin embargo, este paroxismo de confrontación, simbolizado por la figura del embajador Braden, no tenía porqué ser una constante. Hacia 1950 las razones económicas y militares ya mencionadas, enmarcadas por la cada vez más intensa Guerra Fría, "conducían a los dos países en una dirección que favorecía una política de acercamiento". Los antecedentes y el desarrollo de esta fase se estudian en los capítulos II ("1949, el gobierno argentino frente a la crisis") y III ("1950, las misiones Miller y Cereijo y el inicio de un viraje").

Pero así como había factores que impulsaban hacia un entendimiento, otros, surgidos tanto de "la naturaleza de la sociedad argentina y del régimen peronista", como de "la propia lógica interna y externa de la política norteamericana" actuaban en sentido contrario (p. 98). El resultado de la variable fuerza de todos estos elementos fue "el retorno de los conflictos" en 1951-1952 (Cap. IV) y las renovadas aproximaciones de los últimos años del primer peronismo, cuidadosamente analizada en los capítulos V ("1952-1953, la nueva política económica y los cambios en la política exterior"), VI ("1953-1954, acercamiento y nuevas tensiones") y VII ("1955 culminación de las relaciones y caída del gobierno"). Si bien en esa fase final el Departamento de Estado caracterizaba su política hacia la Argentina como de "correcta amistad", los autores destacan la "ambigüedad básica" que siempre estuvo presente. Algunas políticas argentinas, tales como la posición ante el caso Guatemala, las relaciones con la URSS y el acercamiento a países vecinos, tornaban "poco confiable" el gobierno de Perón para la óptica de muchos funcionarios norteamericanos. A medida que dicho gobierno se debilitaba, "la

'correcta amistad' se fue transformando en una política de presiones" y el signo dominante de las relaciones bilaterales de una década se reveló como el del conflicto (pp. 225-226).

Una mención aparte merece el tema de la caída del peronismo en 1955. Siempre ha habido muchas especulaciones y versiones tendenciosas relativas al presunto rol de factores foráneos en dicha crisis. Las páginas que Rapoport y Spiguel le dedican se encuentran entre lo más objetivo y críticamente fundado que se ha escrito sobre el asunto. Los Estados Unidos no necesitaban comprometerse unilateralmente ni con Perón, ni con sus enemigos, como ingenuamente creyeron entonces muchos argentinos; en 1955 "jugaron en verdad su enorme peso estratégico y económico para ampliar su influencia en la Argentina fortaleciendo relaciones con sectores amigos, tanto a través del gobierno peronista, cuanto en la coalición opositora que lo derrocó." En el momento decisivo los documentos norteamericanos "no dan evidencia de un involucramiento del Departamento de Estado" con los protagonistas del golpe de estado, pero sí indican que el mismo "no tomó por sorpresa a Washington, que se preparó enseguida a respaldarlo" (pp. 210 y 216).

Para resumir en poco espacio los principales obstáculos a una relación bilateral más armoniosa, puede decirse que la lectura de esta obra revela una constante interacción entre dos conjuntos de factores: por un lado, los que derivan de lo económico y por el otro, los que se relacionan con ideología y política. En cuanto a lo primero, se trataba de "la no complementariedad en el comercio exterior de ambas economías" (p. 222). También la Argentina peronista continuaba dependiendo en gran medida del mercado británico y europeo para sus exportaciones. La difícil relación económica con los Estados Unidos aparece una y otra vez a lo largo del libro: el "Plan Marshall" y su efecto discriminatorio "para un país competidor de los excedentes norteamericanos" (pp. 39-40); el tema de la fiebre aftosa en la Argentina utilizado como "excusa" por los ganaderos norteamericanos (pp. 60-61); los "efectos perjudiciales" que tuvo para la Argentina la gestión de los comités para materias primas durante la Guerra de Corea (pp. 113-114); los obstáculos interpuestos por el gobierno norteamericano a la adquisición argentina de una planta de laminación checoeslovaca (p. 174).

Esa compleja problemática comercial y financiera se hacía aun más intratable si se tiene en cuenta el efecto negativo de los prejuicios ideológicos, los cuales llevaron al Departamento de Estado a malinterpretar el nacionalismo de los países no industrializados como fascismo primero y como un instrumento del comunismo después. A medida que avanzaba la Guerra Fría, esta visión de terribles simplificadores como John Foster Dulles, continuaba interfiriendo en las relaciones argentino-norteamericanas. No se quería tolerar lo que se percibía como una nefasta tendencia "neutralista" y "aislacionista" del peronismo, acusado de promover "una distorsión comunista-nacionalista" o de estar influido por figuras de esa orientación, hasta culminar en la delirante preocupación de Dulles acerca del riesgo de que el gobierno peronista llegase a configurar "una posible amenaza comunista a la seguridad y solidaridad interamericanas" (pp. 123-124, 130 y 177-178).

Contando con estos elementos para el análisis del proceso histórico en cuestión, los autores no sólo pueden rechazar la tesis subjetivista y unilateral que adjudica a Perón y su régimen la responsabilidad total por las relaciones conflictivas, sino que también logran una caracterización del proyecto peronista, que explica los altibajos en esas relaciones con los Estados Unidos de una manera más diferenciada y convincente que la esquemática periodización entre una etapa de "la tercera posición" y otra de "realismo". En cuanto al rol de Perón, los propios diplomáticos norteamericanos llegaron a comprender que los problemas no podían reducirse, como creen algunos analistas, a "las simpatías o antipatías" de un "líder egocéntrico", sino que se trataba de interpretar la racionalidad de "sus cálculos políticos" enmarcados por la naturaleza del movimiento por él dirigido. Y ese movimiento no era sino una de las manifestaciones latinoamericanas de "una poderosa tendencia de reivindicación nacional en las regiones periféricas", cuyas tensiones con el globalismo norteamericano calaban mucho más hondo que los supuestos caprichos personales (pp. 172 y 226). En lo que respecta a "los cambios de la política exterior de los primeros gobiernos peronistas", tuvieron su origen en "la evolución de una determinada correlación de fuerzas externas e internas", sin que eso alterara el proyecto básico, consistente en evitar tanto "una ruptura radical", como "una subordinación periférica incuestionada". No hubo una opción neta entre "la confrontación nacionalista y el pragmatismo negociador", sino una política exterior "que incluyó a la vez y permanentemente ambos aspectos, aunque el predominio de uno u otro, en los diversos períodos, fue reflejando los alcances del programa reformista del gobierno y la variación de su fuerza interna y de los márgenes que le brindaba el escenario internacional y latinoamericano." (pp. 227-228).

Para terminar estas consideraciones sobre *Estados Unidos y el Peronismo*, conviene destacar una vez más que se trata de un estudio basado en una concepción multicausal y crítica de la historiografía, evitando no sólo el reduccionismo personalista con el cual polemiza, sino también las esquematizaciones economicistas preferidas por otros. Los autores han entendido y desarrollado este tema como una "compleja red de tendencias históricas, percepciones e intereses contradictorios" (p. 224), red en la que se entretijeron las hebras de la política interior y exterior de ambos países, siendo relevantes para su comprensión tanto las dimensiones diplomática y económica, como la estratégica y la ideológica.

Cristian Buchrucker

**Linda McQuaig.** *La rica esposa del banquero.* Toronto, Penguin Books, 1993, 176 pp.

La autora, es una periodista de reconocida trayectoria en Canadá, donde recibió el Premio Nacional en 1989. El presente libro es el resultado de una

serie de artículos que escribió para *The Toronto Star*, en el otoño de 1992 y fueron publicados al año siguiente. Con prosa clara y estilo ameno ofrece un estimulante trabajo de investigación periodística que devela algunos aspectos interesantes de las políticas sociales en los países desarrollados.

La elección del título *La rica esposa del banquero* toma una imagen frecuentemente usada por el partido conservador en su crítica hacia el criterio de reparto de ciertos programas sociales. Con la pregunta irónica acerca de ¿en qué gastará este mes, la rica señora, los C\$ 34 de su cheque por Asignaciones Familiares?, disparan los conservadores sobre uno de los motivos de orgullo del pueblo canadiense, esto es, el principio de universalidad de su sistema de Bienestar Social que incluye políticas de salud, educación, seguro de desempleo, subsidios familiares, pensiones, asistencia social, servicios comunitarios y programas para discapacitados.

El libro expresa el aspecto más fuerte del debate ideológico respecto de la reformulación del sistema, a través de reducciones presupuestarias tales como las efectuadas por Margaret Thatcher, reproducidas por la administración Reagan e introducidas en Canadá por el primer ministro Mulroney, desde setiembre de 1984. En vísperas de las elecciones generales de octubre de 1993 en Canadá, la controversia estuvo centrada sobre la cuestión del gasto social y su impacto sobre la economía nacional. ¿Era posible mantener el nivel de gasto social sin resignar espacios en el competitivo mercado mundial? La respuesta de Mulroney-Campbell fue que ya no se podía continuar viviendo más allá de los recursos y que era prioritario reducir el déficit atacando en primer lugar el reparto ineficiente. Esta era la única alternativa, si no se quería actuar como luddistas tratando de resistir la marcha de la historia.

El libro de Mcquaig, busca responder a este ataque que intenta recortar los gastos sociales. Tratará de demostrar que "hay otra posibilidad", que se pueden mantener los programas y al mismo tiempo ser competitivos en el contexto del mundo globalizado. Su objetivo se concentra entonces en comparar el modelo canadiense con el de Europa Occidental (Francia, Alemania, Holanda, Suecia, y otros) y con el de Estados Unidos.

Por su carácter de compilación de artículos, cada capítulo analiza con criterio unitario los mencionados modelos, desde distintas perspectivas. Sin duda, los aspectos más destacados se refieren a la cuestión ideológica del Bienestar, que lleva a primer plano los principios de universalidad y equidad social, y al problema de la relación gasto social-crecimiento económico. Al sólo efecto de la presente reseña, presentaré una explicación sucesiva de su análisis de cada sistema, que como ya dije aparecen relacionados en cada artículo.

Los primeros programas sociales canadienses aparecen como respuesta a la crisis de 1930, pero el *modelo de Bienestar*, como conjunto integrado de políticas, emergió como en Europa, en el marco de las preocupaciones de la segunda posguerra, y recibió la inspiración del visionario informe Beveridge sobre Seguridad Social. Sin embargo, su verdadera acta de nacimiento fue el Informe Marsh (1943), que interpretó y aplicó las enseñanzas del primero a la realidad del Canadá. Surgen así, los programas de asignaciones fami-

liares (1945) y pensiones (1951) ambos de carácter universal, es decir, para todos los que tuvieran hijos menores, y todos los ancianos a partir de cierta edad. El plan de asignaciones familiares era un programa generoso, que representaba aproximadamente el 20% del salario industrial, con el que una familia con tres niños podía, por ejemplo, pagar el alquiler de la vivienda. Su monto fue erosionado en el transcurso de los años, sin que esto sea aparentemente responsabilidad exclusiva de Mulroney, hasta quedar reducido a una suma insignificante que fue eliminada sin protestas en 1992. El ejemplo de lo ocurrido con este programa le sirve a McQuaig para sostener su opinión acerca de la estrategia política del partido conservador: la eliminación del sistema de bienestar sin asumirlo abiertamente.

Resulta interesante su planteo respecto de cómo la legitimidad indiscutible del Bienestar Social se ha comenzado a cuestionar, a partir de la manipulación de la opinión pública llevada a cabo vía los medios de comunicación. *La imagen de la rica esposa del banquero*, ha ido poco a poco convenciendo a la mayoría de los canadienses acerca de la necesidad de reformular el sistema.

Según la autora, la propuesta neo-conservadora se centra en atacar aquello que constituye el núcleo ideológico sobre el cual se construyó el Estado Benefactor, esto es, reducir las desigualdades sociales, actuando como redistribuidor de ingresos a través de programas que se costean con impuestos progresivos que pagan todos los ciudadanos, e imponen más a quienes más tienen. Para muchos canadienses los beneficios que reciben a cambio son muy importantes; pero los sectores de mayores ingresos no están muy preocupados por mantener altos niveles de impuestos para proveer programas que básicamente benefician a otros. El rol del estado queda claro en el ejemplo de los pagos o subsidios sociales de compensación de ingresos para los que viven por debajo de los niveles socialmente aceptables. Sin ellos, el quinto más pobre de la población recibía sólo el 1,2% del ingreso nacional (1989), después de esos pagos ese mismo sector alcanzaba el 4,8%; a su vez, el quinto más rico reducía su porcentaje del ingreso de 47,2% al 43,2%. Si calculamos que 2.000.000 de familias componen el 20% más pobre, se calcula que el promedio de sus ingresos anuales subieron de C\$ 2.188 a C\$ 9.859 a través de estos programas.

La política de Mulroney tendió a bajar las tasas de impuestos e hizo más leve la carga de los más ricos pero a costa de privar de recursos al sistema en su conjunto, y esto llevó finalmente a la reducción de la participación federal para sostener los más notorios pilares del sistema: los fondos del seguro de desempleo, y algunos financiamientos de educación y salud. Desde 1992, el primero de ellos ha quedado financiado por empleados y empleadores, indirectamente la cuestión del empleo fue dejada en manos de los interesados en momentos en que los países europeos están tratando de llevar adelante políticas activas al respecto. En cuanto a salud y educación post-secundaria, también allí el estado federal y los provinciales reducen su participación, al no reconocer actualizaciones de los montos de acuerdo con la inflación. Esta

tendencia, de cara al 2000, dejará solos a los municipios (con notable diferencias de recursos) frente a los problemas sociales, revelando un modelo social dual, totalmente distinto del que inspiró a Marsh.

Así, el ataque de Mulroney se estaba llevando a cabo desde dos frentes:

1. Complejos y oscuros cambios en el presupuesto han ido reduciendo desde 1986 los presupuestos estatales de educación superior y salud y, según estimaciones del Consejo Nacional de Bienestar esta tendencia continuaría profundizándose en la presente década.

2. Desvirtuando creencias muy fuertes del imaginario social: si los canadienses se sentían orgullosos del Plan de Salud, los conservadores argumentaban que esta tradición basada en la compasión, la conciencia social y la caridad, no era suficiente para mantener el orgullo nacional frente a naciones mucho más competitivas. En este punto McQuaig define lo que constituye la aspiración del modelo canadiense de Bienestar, un sistema que aspira alcanzar una sociedad más igualitaria —donde todos tienen derecho a ciertos bienes y servicios básicos, frente a otras sociedades que excluyen a ciertos segmentos sociales—. Esto es lo que identifica el orgullo nacional canadiense.

*El modelo estadounidense* deja el bienestar de la población en manos del mercado; en la creencia de que la necesidad de sobrevivir conduce a trabajar duro y que la sociedad funciona mejor con esta disciplina donde sólo los débiles quedan en manos del estado. El bienestar asume allí un concepto negativo, que se identifica con la caridad, los principios de universalidad y equidad no existen, sino el criterio de la asistencia a los pobres. Este modelo parece más sensible y económico a primera vista ya que no derrocha recursos; sin embargo, Estados Unidos ha sido notablemente poco generoso con sus sectores más necesitados y esta tendencia se ha acelerado en los últimos años. En octubre de 1991 el estado de Michigan suprimió los subsidios asistenciales a 90.000 adultos, incluidos 10.000 discapacitados en un esfuerzo por bajar el déficit presupuestario, y esta estrategia fue seguida por otros 12 estados y 13 más eliminaron los pagos a familias pobres con hijos. La caída del gasto social en ese país lo ubica en el último puesto respecto del resto de los países desarrollados, el "dinosaurio" del Bienestar Social, como dice Larry Mishel del Instituto de Política Económica de Washington. Lo llamativo del caso —y lo que preocupa a muchos canadienses— es que su inmediato seguidor es Canadá, con porcentajes de gasto social muy cercanos a su vecino (11,5 a 12,8) y bastante más alejados del menor referente europeo (Italia, 18,9).

Pregunta entonces la autora si hacia este modelo es que los quiere llevar Mulroney. Ese mundo ideológico del reparto de bienes y servicios a través del mercado, donde unos luchan contra otros por sacar ventaja, no constituye para Canadá un avance, sino un retroceso.

El principio de universalidad, tan cuestionado por el pensamiento neoconservador, aparece paradójicamente fortalecido en la experiencia de Estados Unidos. El Programa de Seguridad de la vejez, el único que incluye cuidados médicos para todos los ancianos, estuvo también en la mira de las reformas de la administración de Reagan. En este caso, el programa no pudo ser alterado debido a las protestas generales que levantó el intento. Los movi-

mientos sociales de ancianos demostraron tener una increíble capacidad de acción y cooptación de miembros que, afirma McQuaig, es un ejemplo del grado de compromiso que supone los beneficios universales.

*El modelo europeo*, por último, nació bajo el mismo signo que el de Canadá y observa el mercado con suspicacia ya que su mecanismo imperfecto genera tremendas desigualdades. Así, la sociedad debe limitar el poder del mercado en ciertas áreas, en el interés de asegurar el bienestar de la totalidad de la comunidad. Se plantea nuevamente, el tema del bienestar social como un conjunto de derechos y responsabilidades y la comunidad como el resultado de una relación social interconectada donde cada uno contribuye al presupuesto comunal y todos se benefician de él. En este sentido todos forman parte del estado de bienestar y la sociedad que emerge resulta un conjunto fuertemente cohesionado.

A partir de esta caracterización de los tres modelos la autora compara los resultados obtenidos para fortalecer su hipótesis inicial. La diferencia fundamental entre los sistemas de bienestar europeo y estadounidense se debe buscar desde sus orígenes. En el primer caso, las raíces conservadoras (la Iglesia Católica y el orden jerárquico feudal) respaldaron los primeros programas sociales en muchos países. Luego, frente a la amenaza que representó la irrupción de los grupos socialistas, mantuvieron esta postura que devino finalmente en un consenso entre conservadores y social-demócratas acerca de la necesidad de proveer bienestar social. Actualmente el poder del movimiento obrero es, en Europa, una fuerza decisiva en cuanto al mantenimiento y sostén de los programas sociales y éstos dependen de la habilidad de sus conducciones sindicales para adaptarse a las nuevas condiciones sociales y políticas.

Esto no sucedió en América del Norte, donde la colonización británica dejó tradiciones diferentes. Allí, la enseñanza de las Leyes de Pobres inglesas crearon un precedente y marcaron una concepción de la beneficencia que se mantuvo con pocas alteraciones, hasta la crisis del 30. Con el poder muy concentrado de los hombres de negocios, toda legislación social resultó sospechosa de socialismo en Estados Unidos, y la debilidad del movimiento obrero completó el cuadro.

Sostiene la autora que el modelo europeo ha logrado mejor nivel de vida para todos y eso no lo ha hecho detener en su crecimiento económico, medido en productividad del trabajo. Puntualiza que los que menos gastan también son los que menos crecen, pero no nos aclara por qué Noruega que gasta bastante más que Estados Unidos y Canadá, crece menos que ellos, o por qué Holanda, que es el primero en gasto social, ocupa el octavo lugar en cuanto al *ranking* económico. El Reino Unido queda lamentablemente muy desdibujado en el análisis comparativo y, por lo tanto, no podemos conocer su posición en el contexto europeo, a pesar de que aparece como el mentor ideológico. Creo que resulta muy interesante el aporte de los temas tratados comparativamente aunque a veces resultan demasiado simplificadores. Podríamos plantear a modo de crítica, que no menciona los reparos del pensamiento de izquierda respecto del Bienestar Social como profundizador

de desigualdades. En este sentido, los trabajos de Glenn Drover y Allan Moscovitch, entre los canadienses, se destacan por el estudio de las provincias más pobres del país y los discutibles resultados sociales obtenidos. También nos haría falta conocer algunas otras variables europeas para justificar la hipótesis del mayor crecimiento, e incluso formular las diferencias originales de los modelos europeos entre sí.

En los últimos capítulos plantea una visión en perspectiva del problema, en los que reconoce que era más fácil llevar adelante estas políticas durante los años de fuerte aumento de la demanda de la segunda posguerra y que la recesión hizo esto más difícil. La crisis del petróleo marcó un hito en el desarrollo de los programas sociales europeos, aunque, según los organismos de Naciones Unidas como la OIT (Ginebra) el punto crítico ha pasado, sin necesidad de erosionar los programas sociales en la mayoría de los estados de Europa. Más aún, la visión de los estallidos sociales de Latinoamérica en 1992 parecen demostrar que eso es lo que puede suceder cuando la gente no tiene esperanzas, y en este sentido el Estado de Bienestar demostraría su eficacia como garantía del orden establecido. Sin embargo, se plantean las dudas acerca de qué pasará cuando el mercado europeo se unifique y los bajos estándares de vida del sur de la región (Portugal, Grecia, España) hagan peligrar los programas sociales de los países más ricos. Frente a este desafío, el esquema social adoptado por la CEE menos el Reino Unido, ha tratado de definir derechos sociales para todos los trabajadores y proponer desde la European Community Commission que el objetivo del mercado europeo sea un modelo de sociedad que combine una economía dinámica con un estado benefactor extensivo. Su propuesta es que Canadá enfrente los acuerdos del NAFTA orientada por estas concepciones y más aún, profundice el modelo en sus aspectos más débiles para resistir la tendencia neoconservadora que los llevará hacia una sociedad que no desean.

Mónica Campins

**Raúl Bernal Meza.** *América Latina en la economía política mundial.* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano. Colección Estudios Internacionales, 1994. 305 páginas.

El libro de Bernal Meza se ocupa de problemas candentes de nuestro tiempo como son la reestructuración y reinserción de América Latina en el nuevo desorden internacional y la discusión sobre las estrategias de relaciones exteriores de nuestro país.

Desde el título el autor lanza una toma de posición que encuadra todo su análisis: el continente no se enfrenta a un mercado libre de concurrentes privados atomizados sino a un mundo dominado por la economía política, es decir, por la acción consciente de los estados nacionales sobre sus procesos de desarrollo y sus actividades comerciales.

En la primera línea del primer capítulo el autor establece otra característica básica de este mundo: "Incertidumbre —dice Bernal Meza—, parece ser la palabra más conveniente para identificar el actual escenario internacional". "La seguridad de una hegemonía militar-estratégica" ha dado paso a la inestabilidad en la hegemonía comercial, la debilidad de los mecanismos de regulación internacionales, el regionalismo y las dudas sobre las posibilidades de "governabilidad" del sistema internacional. Se transita, sostiene el autor, del bipolarismo al multipolarismo sin que la economía política haya resuelto problemas centrales del mundo capitalista del período bipolar: la deuda internacional y la utilización del ahorro internacional para financiar los déficit fiscales y comerciales de los países centrales, especialmente de los EE.UU. (p. 41).

¿Cómo se inserta América Latina en este escenario? ¿Qué opciones pueden proponerse a la ortodoxia dominante?

En la década del setenta el modelo básico de inserción basado en la sustitución de importaciones entró en crisis por déficit endógenos del propio modelo, por fallas en su administración, por la agudización de conflictos sociales en los países latinoamericanos y también como consecuencia de la crisis de los países centrales.

Los grupos dominantes comenzaron entonces a operar transformaciones que promoverían una redefinición de la relación de los países de la región con el mercado y el entramado estratégico internacional en el cual muchos sectores lograron avanzar, ganando poder, dinero e, incluso, una hegemonía cultural impensable poco antes. Otros, los más, vieron diluirse logros económicos y sociales forjados en décadas anteriores.

Impulsado por el propósito de recomponer la tasa de ganancia y aumentar la productividad, el avance tecnológico del mundo industrial promovió fuertes modificaciones en las estructuras productivas y las corrientes de comercio e inversión internacionales. Estos cambios provocaron, en los términos de Bernal Meza, una volatilidad de los fundamentos de la competitividad (p. 30), que constituye uno de los factores determinantes de la incertidumbre económica.

Una pieza clave de la reestructuración económica y la globalización ha sido —sigue siendo—, explica el autor, la expansión de la inversión externa directa (IED).

En el pasado lo más grueso de la IED se dirigía a los mercados periféricos con el objeto de ampararse en el proteccionismo generoso o aprovechar la baratura de los recursos vernáculos para producir y exportar bienes terminados. Pero en los últimos años la inversión externa directa, que creció a un ritmo apabullante, se orienta a la distribución de diferentes etapas de los procesos productivos y administrativos, formando, como especifica Bernal, redes integradas de producción y distribución que articulan las economías locales en extendidas tramas internacionales (p. 45).

Debido a estas características, la inversión externa se ha convertido en una de las palancas fundamentales de la globalización económica y las

corporaciones, principales portadoras de esta inversión, en los grandes agentes de esta globalización.

La integración de redes mundiales de producción y distribución, la mundialización de las pautas de consumo, y el protagonismo de las corporaciones, han puesto en cuestión la solidez de las fronteras nacionales e, incluso, una de las instituciones básicas de la organización política moderna, como es el estado.

Ello no obstante, los gobiernos de los países industriales y de muchos otros, mantienen una participación activa en la diagramación de políticas locales y de relaciones con el exterior. La disputa planteada entre Estados Unidos y Japón por el reparto del mercado en este último, con la participación directa de gobiernos y corporaciones, es un ejemplo relevante de estas realidades.

Por otra parte el aumento de la polarización económica y del poder de las corporaciones inversoras ha debilitado la posición relativa de las naciones atrasadas.

Paralelamente con los planes de apertura y ajuste latinoamericanos típicos, el estado, sostiene Bernal, lejos de funcionar como amortiguador del impacto de las fuerzas de la economía internacional en el espacio nacional, trabaja como estimulador de la adaptación de la economía nacional a la internacional (p. 35). De allí que, continúa, ante la reducción de la capacidad regulatoria de los estados, la lógica del mercado será cada vez más influida por la acción de los actores principales de la globalización, es decir, las corporaciones (p. 51).

¿Cuál es la alternativa?

El autor otorga una importancia determinante a la economía internacional y a las estrategias de inserción, sin embargo aclara que los procesos globales son "un factor, pero no el más decisivo a la hora de establecer las estrategias de desarrollo nacional para los países periféricos" (p. 108).

El crecimiento, afirma Bernal Meza, depende crucialmente de los actores locales nacionales. Una inserción virtuosa en la economía globalizada, sostiene el autor, requiere una política activa que promueva el progreso técnico y contribuya a mejorar la competitividad de las industrias. Con ese objetivo, los países latinoamericanos necesitan sortear las restricciones de la relación Norte-Sur promoviendo la cooperación Sur-Sur y los acuerdos bilaterales y regionales (p. 256).

La última parte del libro se ocupa, precisamente, de los procesos de integración, considerados como instrumentos fundamentales para el desarrollo.

El cuadro global queda así, ampliamente desarrollado pero se echa de menos en el libro una mirada más detallada o explícita sobre los diferentes intereses de los poderes dominantes de cada país en los procesos de reestructuración y reinserción. Esto es necesario para entender con más detalle las lógicas de las políticas vigentes e identificar sus beneficiarios. También, para determinar cuál es la capacidad (o el interés) de los estados actuales, cuya intervención activa se reclama, para motorizar orientaciones alternativas.

Por lo que corresponde a la situación local, la parte más rica del libro es

la del análisis de las doctrinas y las prácticas diplomáticas de la Argentina en las últimas décadas.

La política exterior argentina estuvo afectada, afirma Bernal Meza, por la discontinuidad y la política de los gobiernos, y caracterizada por gestos autonómicos vacíos y hasta contraproducentes por no estar sustentados por el desarrollo económico.

El autor analiza, en este capítulo la Tercera Posición surgida en el mundo claramente bipolar, impulsada por un movimiento que quería presentarse como una alternativa a la tradición diplomática local y a los dos modelos sociales dominantes. Sin embargo, la Tercera Posición, señala Bernal Meza, devino en una política exterior con algunos rasgos de independencia pero alineada con Occidente (p. 174).

Derivada de esta corriente surge la doctrina de la autonomía como uno de los esfuerzos teóricos más importantes para formular las relaciones internacionales desde los intereses de los países periféricos. Su propósito es sentar las bases para la concepción de una política exterior que supere los paradigmas y marcos teóricos hegemónicos que establecen un lugar de adaptación pasiva a los países periféricos.

Contrapuesta a esas orientaciones se encuentra el realismo periférico, propugnado por Carlos Escudé, que preconiza una política exterior de bajo perfil en la que el objetivo del estado deja de ser el poder y el protagonismo internacional, busca una adaptación pasiva a las fuerzas imperantes y concentra sus energías en objetivos comerciales. Rápidamente se percibe que el gobierno actual sigue esta teoría puntualmente en lo que respecta a la adaptación pasiva, pasando por alto el capítulo correspondiente a la política comercial activa.

Bernal Meza propone, por su parte, el reconocimiento de la interdependencia pero considerando que dentro de ella "siempre es posible un margen razonable de negociación que no se puede hipotecar a priori". La política exterior puede buscar espacios de autonomía construyéndose "desde el desarrollo interno" (p. 230).

América Latina en la economía política mundial aporta, en suma, elementos para esa búsqueda de alternativas de desarrollo y de inserción internacional, y es, como sostiene Aldo Ferrer en la contratapa, "una valiosa contribución a la investigación sobre el orden mundial contemporáneo y a la docencia de las relaciones internacionales".

Julio Sevares

**Lila M. Caimari.** *Perón y la Iglesia Católica. Religión, estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires, Ariel Historia, 1995, 392 páginas.

La obra de Lila Caimari, que puede ser considerada en sí misma como un estudio del papel de la Iglesia Católica en la sociedad argentina —campo que

al mundo académico, reconoce la autora, le ha sido particularmente indiferente, con la señalada excepción de los trabajos de Néstor Auza— investiga el impacto, adaptación y transformación que produjo en ella el fenómeno del peronismo y los signos de los nuevos tiempos históricos, apelando a un análisis sociológico de su conformación institucional, similar a los que se han realizado sobre las elites dirigentes del estado o de las fuerzas armadas.

La eclosión del conflicto peronismo-Iglesia entre 1954 y 1955 ha generado numerosos estudios que, no obstante, no permiten dilucidar la lógica de las relaciones entre ambos actores; es entonces que, en la búsqueda por alcanzar ese objetivo, Caimari imprime a su investigación los presupuestos de los estudios de caso, partiendo de ángulos concretos y aplicados a distintos niveles de observación.

Cuatro partes componen la obra. En la primera se reseña en un rápido panorama histórico, el desenvolvimiento de la Iglesia en su perspectiva nacional a lo largo del siglo XIX, sin dejar de acudir al período de formación dentro de la organización institucional hispana y, posteriormente, a sus vínculos con el Vaticano. No será hasta los años de la década de 1880 y al fragor de las controversias suscitadas por la intervención del estado en ámbitos tradicionalmente reservados a la Iglesia, cuando los cuadros católicos adquieran una identidad propia, mostrándose como un grupo de presión dispuesto a intervenir en las discusiones de los grandes temas sociales y políticos del país. El mensaje claro de la encíclica *Rerum Novarum* de 1891 constituyó entonces un llamado a la acción para afrontar la “cuestión social”, que tuvo sus primeras experiencias en la Argentina a través de los Círculos de Obreros Católicos fundados por el padre Federico Grote y del accionar de monseñor Miguel de Andrea, en la convicción de que sólo la actividad organizada de los católicos podría revertir la evolución de las clases obreras hacia el socialismo. Pero a la par, el temor de una subversión social —especialmente palpable a partir de 1917— acercaba más a las poco religiosas clases altas hacia las seguridades del catolicismo. La década del 30 muestra el tipo de Iglesia Católica con la que había de vérselas el peronismo años después: más sólida y poderosa como producto de las políticas impulsadas por la jerarquía eclesiástica —en la cual mucho influyó la gestión administrativa de monseñor Copello al frente del arzobispado de Buenos Aires— y la elección de la Argentina como sede del XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

Caimari analizará entonces las peculiaridades de los que integraban el universo católico: aquellos nacionalistas que le otorgaban a la Iglesia un lugar preeminente, los católicos “liberales” o demócratas, los católicos sociales, la jerarquía eclesiástica interesada sobremanera en preservar la institución de los vaivenes políticos. La actitud del episcopado frente al advenimiento del peronismo, favorablemente sensibilizada por la implementación de la educación religiosa en las escuelas públicas por el gobierno militar de 1943, encuentra su primer punto de contacto en la carta pastoral emitida ante la inminencia de las elecciones presidenciales de febrero de 1946. Ante el cúmulo de interpretaciones que se han ensayado, la autora se inclina por considerar que el documento, que enunciaba principios concretos destinados a orientar

el voto católico, contenía una advertencia a las agrupaciones políticas dada a publicidad antes de que se conocieran las plataformas electorales. Cuando la Unión Democrática hizo público su programa partidario, en el que se pronunciaba por la enseñanza laica, las expectativas se dirigieron entonces al candidato laborista; "Perón podía ser más o menos discutible, pero al menos aparecía como un candidato que podía tenerse en cuenta". En esa línea se revela entonces una amplia aceptación a Perón, condicionada por la prevención de algunos sectores del catolicismo.

La segunda parte aborda lo que Caimari denomina el "período católico" del peronismo entre 1946 y 1949: un Perón sin mayor formación católica y desconocedor de sus códigos que apela a la doctrina social de la Iglesia, en su búsqueda para encontrar un andamiaje ideológico que no desentonara en la Argentina de posguerra. Son los años de la convergencia de intereses de la iglesia y el estado, relación beneficiada por un ambiente de bonanza generalizada que se expandió por toda la sociedad, y en el que el proyecto peronista de crear una mentalidad nacional aspiraba a moldearla mediante la utilización de la educación y valiéndose de la enseñanza religiosa. Esta, sin embargo, se reveló muchos menos fructífera de lo que se había esperado.

La tercera parte del trabajo estudia el papel del catolicismo en la nueva Argentina peronista. De la enunciación de principios acordes con la doctrina católica en la Constitución de 1949 —que luego resultó muy sencillo no respetar— el peronismo avanzó resueltamente en la formulación de una doctrina propia capaz de convertirse en la unificadora espiritual de la nación —creación de la Escuela Superior Peronista, exaltación de las obras, de las fechas, de las "verdades" justicialistas—. La Iglesia Católica comenzó a ser desplazada del campo educativo por un cristianismo de cuño peronista, religión popular que intenta imponer *La razón de mi vida* de Eva Perón como biblia laica en las escuelas y los libros de lectura para la formación de los niños —sobre los cuales la autora ha realizado una amplia muestra—.

Es también en el tema de la libertad de cultos donde Caimari percibe con claridad el viraje del peronismo: del sostenimiento del catolicismo y la aceptación de su supremacía, pasará al respeto por todos los cultos, pero especialmente hacia aquellos que iban ganando adeptos en los sectores populares.

La Iglesia Católica, dispuesta a defender su monopolio del poder religioso, se hallaba lejos de aprobar las prácticas de espiritistas y de las sectas pentecostales, pero el gobierno no estaba dispuesto a enajenarse sus simpatías para complacerla, desde que era notable que integraban el campo católico tanto amigos como enemigos del peronismo. Aunque la apropiación de la beneficencia por parte de Eva Perón encontró sentido de aprobación en la iglesia oficial, también ella virará en sus días finales hacia un feroz cuestionamiento del modelo católico, no lejano de las posiciones asumidas por amplias franjas del sindicalismo.

La parte cuarta describe la crisis entre el peronismo y la Iglesia Católica en su sorprendente sucesión de medidas que irían preparando el camino para la reacción de los militantes católicos: acusaciones y arrestos de sacerdotes

señalados por sus actividades antiperonistas, supresión de la enseñanza religiosa y de los feriados de precepto, legalización del divorcio. ¿Por qué? es el interrogante que han procurado responder todas las interpretaciones ensayadas hasta el momento. La recapitulación de la mayoría de ellas, que hace Caimari, la conducen a no proponer una "hipótesis causal segura"; acepta la validez de muchas de esas razones históricas pero le da mayor entidad a otras no tan tradicionales: la conformación de una oposición católica, que se fue acercando a los sectores liberales a medida que el peronismo iba mostrando su nueva faz, colocó a la Iglesia —a pesar de su jerarquía— enfrentada al régimen, integrada al universo de todos los "otros" que no eran la Argentina peronista; las orientaciones papales sobre la necesidad de intervención en la vida pública de los católicos que se tradujo en una vital renovación de las organizaciones laicas llenó de desconfianza a Perón, más cuando éstas se permitían esbozar críticas al autoritarismo y a la moral del gobierno. Del mismo modo actuó la insistencia de algunos grupos católicos por interesarse en el mundo del trabajo, a la par que alertaban sobre el amedrentamiento del que se hacía objeto a las clases medias. Habría completado esa visión, la identificación de la conducta de aquellos católicos que, aun azorados ante la dureza del enfrentamiento, persistieron en su adhesión al peronismo. Concluye la autora que el peronismo contenía ya en su esencia los elementos suficientes como para generar la crisis, desatada en definitiva por la ola de anticlericalismo que emergía de su propia versión de cristianismo. La experiencia, además de haberse constituido en un detonante de la caída del gobierno, dejó una significación reveladora para los católicos, advirtiéndoles de la necesidad de volcar energías hacia la atención de las clases obreras que se habían revelado tan cercanas al cristianismo peronista pero tan lejos de la Iglesia. Una nueva y distinta historia de las relaciones entre el peronismo y los católicos comenzaría a gestarse después de 1955, pero ello no es ya motivo de este libro.

La completa gama de bibliografía utilizada junto a las fuentes consultadas —dentro de las que resaltan numerosas entrevistas a quienes tuvieron participación directa en aquellos días—, así como el apéndice que analiza la trayectoria y la visión sobre el peronismo de tres sacerdotes intelectuales representativos de distintos sectores, Hernán Benítez de Aldama, Julio Meinvielle y Gustavo Franceschi, han contribuido a dar carnadura a los planteos de Lila Caimari, que nos entrega un libro sugerente y de lectura obligada para enriquecer el conocimiento de aquellos "años peronistas".

Beatriz Figallo